

LA OMNIPOTENCIA MATERNA DE LA DIOSA

Fernando Ojea

Si nos decidimos a hablar de las diosas parece que vamos a hacerlo a la religión. Pero la religión es un fenómeno de segunda categoría. Antes de re-ligarse con lo divino, antes incluso de cualquier aparición de lo divino está lo sacro, lo sagrado; sagrado quiere decir: lo que se encuentra “aparte”; es decir, lo que trasciende toda familiar dimensión humana y nos desborda. Para imaginarlo podemos pensar en los comienzos de nuestra especie, cuando todo se presentaba carente de límites, de diferencias y continuidades que nos permitiesen orientarnos en el mundo.

Con lo sagrado nos hallamos a merced de lo inconmensurable y lo arbitrario; no hay límites definidos y cualquier cosa puede suceder. Es evidente que no podemos permanecer mucho tiempo en esto: necesitamos prever, aunque fuese dentro de ciertas coordenadas mínimas, el curso de las cosas y de nuestro propio destino en ellas. Y de ahí proviene justamente la divinidad, los dioses y las diosas. Lo divino no es pues un invento arbitrario del hombre; es el resultado de su lucha contra el peso insostenible de eso que no controlamos localizándolo, ahora, en la figura de divinidades que lo habitan. Estas divinidades nos permiten así tomar noticia de ciertas diferencias primarias: la que adviene entre lo bueno y lo malo, entre lo que nos conviene y lo que nos aplasta, entre lo que se puede y lo que aparece imposible de realizar.

Hace sólo algunos milenios surgen, que sepamos, estas divinidades; sufren arbitrarias metamorfosis, tienen eminentes capacidades e ignoran la muerte. Pero, a la vez que la persistencia de su distancia irreductible con nosotros, nos permiten cierto trato con ellas haciéndonos posible gestionar acuerdos; de ahí la invención del culto, en primer término el sacrificio, esa ofrenda de sangre a los dioses para obtener a cambio beneficios y alejar catástrofes.

Aproximándonos más al tema que nos ocupa ¿cómo se habría gestado, ahora, la aparición de las diosas?

Hay un hecho primario: al nacer lo hacemos al desamparo, es decir, expuestos a la intemperie de una pura imprevisibilidad. Y los primeros que asisten a nuestro apremio en medio de la incertidumbre son los progenitores. Ellos aparecen, así, en una suerte de función supletoria, como los primeros vicarios de la divinidad en que se localiza y estabiliza, en cierto modo, el vértigo de lo sagrado. Dada su enigmática arbitrariedad, su encarnación en cualquiera de los dos (dios padre o diosa madre) puede traer tanto milagrosos beneficios como consecuencias funestas para los hijos. Sea como fuere, la omnipotencia materna de la diosa, que es lo que buscamos en esta intervención, se origina en la relación concreta entre el desamparo del hijo y la madre que se hace originalmente cargo de él.

La aparición paterna se vuelve decisiva con posterioridad al hecho de dar a luz. Aquí puede hablarse, si se quiere, de un nacimiento simbólico o segundo nacimiento. El padre, a quien la madre mira con avidez ante la perturbada presencia del bebé, está destinado a expulsar a éste de la clausura con ella; compensándole, a cambio, con el progresivo aprendizaje que le permitirá acceder a la trascendencia y alcanzar un trato eficaz con el mundo. La madre, a su vez, parece penetrar con su aliento la raíz misma de la existencia del hijo, en cuya subsistencia y afirmación se afana más acá de todo *contenido* que éste haya de conferir a su vida. El compromiso de la madre no lo es, al menos ante todo, con la ley paterna, sino con el nuevo nacido que ha de sostenerla y desarrollarla en la dirección que fuere.

Voy a referirme muy brevemente ahora a un episodio de la tragedia *Yerma*, de García Lorca, que nos ilustra sobre el carácter divino –y en este caso desafortunado– que puede adquirir la maternidad. La protagonista, casada hace unos años con Juan, un pequeño propietario rural, desea más que cualquier otra cosa ser madre, pero ve constantemente frustrada su expectativa por la actitud esquiva de su marido ante el compromiso que supone la paternidad. Esta falta de trascendencia, que impide alcanzar el acontecimiento inaugural de un hijo, se prolonga a pesar de la insistencia de Yerma hasta entonces. Pero vayamos enseguida al episodio que nos interesa, y que tiene lugar al final de la obra.

Es un día de algarabía en las calles del pueblo, fuera de la casa donde discuten Yerma y su marido. Ella le ha hecho saber, con vigorosa pasión,

que echa en falta un hijo. El se retrae; argumenta que todo está bien, que es mejor seguir como hasta entonces. Tras un momento se acerca a ella, buscando su cuerpo. Y es cuando Yerma estalla, fuera de sí. Da un grito y comienza a apretar la garganta de su marido, que finalmente cae hacia atrás. Entra en la casa gente del pueblo; Yerma murmura, para sí misma: “Voy a descansar sin despertarme sobresaltada, para ver si la sangre me anuncia otra sangre nueva” Y dirigiéndose a la gente, grita de pronto: “No os acerquéis, porque he matado a mi hijo! Yo misma he matado a mi hijo!”

Veamos. Con el asesinato de Juan, y esto es ahora lo que quería señalar, Yerma se sitúa fuera de toda confrontación con el hombre y pura y simplemente lo destituye; Destituye, en realidad, a él y con esto a la posibilidad del hijo. Ella sin embargo permanece con firmeza; y lo hace habitando, al modo de la diosa, el dominio inconmensurable donde rige la arbitrariedad de lo sagrado: porque lo divino, encarnado ahora en la diosa madre, ha dispuesto de la vida y la muerte; y esa es su omnipotencia.

Fijémonos: Yerma no dice: “He matado a mi marido...”; pero tampoco dice, sintiendo al hijo posible como fruto de un amor compartido: “He matado a *nuestro* hijo”; Dice: “He matado *mi* hijo”. En consecuencia, ya no merece vivir ese hombre cuyo único papel aparece ahora como el de agente inútil de la fecundidad de la madre. Más allá de ese fracaso Yerma retiene sin embargo, para sí, la exclusiva fuente originaria de toda vida: “Voy a descansar sin despertarme sobresaltada –declara tras la caída de Juan- para ver si la sangre me anuncia otra sangre nueva”. Afinando un poco más el análisis, habría que decir que Yerma, la mujer, sin ser propiamente la diosa, ocupa ahora su lugar identificándose con ella. En este sentido, con la muerte de Juan, ofrece a la diosa materna el sacrificio, a la espera de que la sangre derramada “anuncie una sangre nueva”.

Universalidad materna avasalladora y mortífera, fácil sería adivinar ahora -haciendo una legítima proyección- lo que hubiese tenido lugar de haberle nacido efectivamente un hijo: la soberana paz de la madre disfrutando del sometido reflejo de la propia fecundidad -sin huella de padre alguno. Si quisiéramos, en efecto, anticipar su vida con el hijo, la sagrada maternidad de Yerma la habría convertido en única dueña y señora del mismo; en consecuencia, el sentido que ese hijo hubiese intentado configurar para sí mismo no habría tenido lugar.

Alejémonos ahora del ruidoso episodio de Yerma, e intentemos volver la mirada a nuestra propia actualidad. Enfrentados a la proximidad inevitable de los progenitores como vicarios de lo sagrado, no nos cuesta advertir que hoy la dejación progresiva de la función paterna trae consigo el riesgo de arrojar a los hijos en brazos de la madre y de ser sometidos a su más exhaustiva apropiación. Pero vamos a ampliar aún la mirada, el asunto es más complejo.

Hoy se ha producido ya, como todos sabemos, la caída del dios patriarcal; sin embargo, antes que el asomo de una divinización de lo femenino pareciera que lo que se presenta es la homologación de la mujer con el hombre –y viceversa- ; como si retornáramos a una suerte de androginia primordial, fascinante porque se sitúa más allá del límite de los géneros. La mujer, antes que reivindicar lo femenino y postular o sugerir su divinización, parece precipitarse –y el hombre contagiado por ello- a la destrucción del mito de la divinidad masculina reivindicando, a la vez, una suerte de híbrida igualdad con el hombre; es decir, entonces, una equivalencia y, como consecuencia de ella, una arbitrariedad que ingresaría en un orden pre-racional: es decir, en un inquietante orden sagrado del que provenimos y que, pese a todo esfuerzo, no habría dejado de estar siempre latente. Aparece una suerte de actualización de lo sagrado que, más allá de toda propuesta racional de discriminación y fijación de límites, parece aproximarse a una feroz amalgama ajena a todo centro y a toda dirección.

Pero este retorno a la amalgama primitiva, donde resurge inhóspitamente lo sagrado, no sólo se limita a la divinización de sus primeros vicarios – padre y madre-, sino que se pone de manifiesto, además, en el escenario más amplio de nuestra convivencia. Creíamos haber abandonado lo sagrado pero, con el mero abandono de lo divino, parece que lo único que se ha logrado es estar más cerca que nunca de su temible equivalencia: la muerte de las ideologías, la tolerancia pasiva de la tercera guerra mundial ya en curso, la pérdida de vigencia de toda firme legalidad consensuada que contuviese el asesinato masivo, la simpleza de las propuestas redentoras para salir de los desequilibrios sociales; todo ello muestra que vivimos bordeando lo sagrado, pisando la misma confusión original que lo caracteriza.

Y ahora, ya para terminar, en relación con el dios y con la diosa, es necesario preguntarnos si es posible que su divinidad, es decir, su presencia inicial en el dominio de lo que nos desborda, puede sin embargo habitar en los límites de lo humano -al que debe su origen. Con otras palabras, si habría una manera en que se retornase, desde lo sagrado, a un escenario donde sus primeros vicarios fuesen para los hijos una vigorosa presencia liberadora. Y así es, en efecto.

La herencia sagrada del padre, más allá de la adhesión ciega a la ley recibida bien puede tener lugar como el fecundo modelo de su iniciativa para la puesta en marcha de la del hijo, y como el estímulo de sus devenidas posibilidades para ser llevadas por ese mismo hijo hacia un cumplimiento inédito. El padre puede convertirse, así, en la figura del héroe: héroe entregado a la inspiración del hijo. Cuando se piensa en el padre es frecuente evocar la ley como límite frente una legítima expansión de nuestra vida. Pero límite no es lo mismo que barrera. El límite, en su origen, es aquello a partir de lo cual algo se inicia, brota como lo que es.

Y en cuanto a la diosa, cuya re-creación histórica como divinidad de imprevisibles consecuencias parece hoy asomar ¿cabría reivindicar para ella una epifanía más allá de los peligros señalados? La pregunta tiene una paralela respuesta afirmativa. Y ahora querría decir esto no sólo como hombre sino también como hijo: el provenir de madre, cosa que a todos nos es común, más allá de toda fusión sacra con su aliento desmesurado, siempre tendrá la posibilidad de ser acogido como don; el don de haber sido cedidos inauguralmente, desde ella misma, a la intemperie imprevisible del mundo; y el don de haber sido marcados con el primario consentimiento a nuestra existencia; consentimiento que habría permitido a ésta afirmarse a sí misma, alzar su deseo y aventurarlo innovadoramente en el porvenir.

